

mas fácil que esta pesca. Yo la hice practicar un dia delante de mí en una gran capa de agua que dejaba entre las rocas el reflujo del mar. Echáronse unos puñados de hojas en el agua y muy luego todo el pescado menudo que habia en el fondo subió á la superficie y murió; un momento despues una especie lamprea subió tambien á abrir la boca al aire libre y se dejó coger con la mayor facilidad. Era todo cuanto habia en el lagunajo; y á pesar de aquel rápido envenenamiento, el pescado estaba escelente.

Pero ya se comprende que este procedimiento no es aplicable á la mar ni á las corrientes de agua muy caudalosas: así que los gaboneses renunciaron á él,

luego que los europeos les enseñaron á guarnecer sus redes con plomos y por consiguiente á sacar de esto un partido mas ventajoso.

Estas redes en general bien tejidas, son de hilo de ananas y están rodeadas de una escelente cuerda que se hace con los filamentos de un magnífico hibisco, el *eronoué*, bella planta muy digna de interés, que crece en abundancia á la orilla de la mar y cuyas flores color de azufre se asemejan á las del algodónero.

Por lo demás, aquí como en todos los países cálidos abundan las plantas textiles. El ananas tiene hojas de mas de 2 metros de longitud; la corteza del ojonó sirve para la fabricacion de esteras; el cáñamo tam-



Las hijas del rey Luis.

bien prospera aquí, bien que los gaboneses solamente lo cultivan para fumar sus narcóticas hojas.

He dicho cuáles son los productos que alimentan el comercio del Gabon; comercio en que el m'pongwé no es en realidad mas que un intermediario, un corredor entre los europeos y las tribus del interior. Este corretaje es la plaga del comercio en toda la costa. Las tribus del interior, que son las únicas que producen actualmente tienen mucha dificultad para ponerse en contacto con nosotros, ó acaso no lo deseen porque los habitantes de la costa les han inspirado un verdadero horror hácia los europeos. Embusteros descarados, éstos se presentan como víctimas de nuestra tiranía, ofrecen sin embargo su mediación y naturalmente se hacen pagar muy cara su piadosa intervención. La gente á que se dirigen emplean la misma táctica á espensas de las tribus mas lejanas. Un diente de elefante, por ejemplo, que viene de 40 le-

guas al interior, ha pasado así de mano en mano, no vendido sino simplemente confiado, lo que autoriza á cada uno á reclamar un derecho de comision tanto mas fuerte cuanto el pago ulterior es mas incierto. La mercancía llega pues á la costa gravada con una serie de derechos de corretaje no percibidos aunque centuplican su valor. Una vez pagado el precio por el europeo al último corredor (en mercaderías, no en dinero) vuelve hácia el primer poseedor que lo recibe harto disminuido, si se atiende á la serie de retenciones que sufre en el camino.

Hé aquí en suma el comercio que hace el gabonés: defraudando sin vergüenza á los productores pahonines ó bakaleses, no deja de robar al comprador europeo, no precisamente al negociante de las factorías que puede negociar despacio sino á los capitanes de los barcos que al paso hacen ellos mismos sus negocios. Muchos de estos capitanes llevan sus cuentas cor-

rientes con los corredores y les dan mercancías al fiado, mediante la promesa de un valor igual en productos del país realizables en una época determinada; pero rara vez se cumplen las convenciones. Cuando el capitán regresa solo halla una parte de su

cargamento, quedando por hacer el resto si es de ébano ó palo rojo. Pídenle interminables prórogas; el capitán pierde su tiempo y su salud y comprende al fin que lo mejor es perder tambien sus anticipos y partir. En el círculo en que se ejerce la autoridad



Akera: doncella del Japon.

francesa, estas pérdidas son menores, porque el corredor sabe muy bien que su persona ha de responder, caso necesario, de la lealtad de sus compromisos; pero fuera de nuestro radio de acción el capitán es casi siempre estafado.

Si quiere comprar al contado, la táctica del gabonés es muy sencilla: pretesta que no tiene existencias de géneros, ocultando caso de necesidad las que posee, cansa al europeo en una mortal espera para sí y su tripulación con peligro para su embarcación si la

sorprende el invierno y lo obliga al fin á comprar cueste lo que cueste.

En este oficio de estafador, el m'pongwé no hace gran fortuna, porque para esto seria menester mayor actividad de la que él posee. Ir á buscar en piragua y á veces muy lejos ébano ó palo rojo y trasportarlo á bordo del barco europeo, no es un pequeño embarazo. Así que despues de haber hecho un negocio lucrativo, nuestro hombre realiza muy pronto sus beneficios, es decir, compra esclavos y mujeres y reposa.

Acaso se estrañe esta manera de colocar los capitales en un país francés, pero no hay que perder de vista que nuestra autoridad establecida en virtud de transacciones y no por derecho de conquista ha debido respetar las instituciones del país y contentarse con reprimir sus excesos. Y, es menester decirlo, en cuanto á la esclavitud, si se exceptúan ciertas tribus especialmente guerreras y crueles, es raro que entre los pueblos africanos tenga esta institucion el carácter opresivo que le ha dado con frecuencia la implacable dureza de los europeos. La distancia que separa á un esclavo de su amo es aquí menos grande: un negro puede ser esclavo de otro negro (no digo de un mulato) sin dejar de ser para él un hombre. No siendo comprados como los nuestros para explotar una grande empresa, sino solamente para ayudar á su amo en los trabajos bastante moderados de su casa ó comercio, los esclavos llegan á formar parte de la familia. Hé aquí su condicion; pero al lado de esto hay tambien sus abusos.

El amo es supersticioso creyendo en los envenenamientos y en los sortilegios, y el esclavo suele ser la víctima que inmola á sus terrores religiosos. La autoridad francesa ha hecho desaparecer estos suplicios en toda la esfera de su accion; pero todavia los lejanos bosques cubren con sus sombras verdaderos sacrificios religiosos.

Los esclavos de los gaboneses provienen casi todos del interior y especialmente de las orillas del Ogo-Wai: los unos han bajado este rio desde el Nazaré brazo setentrional del Delta que forma echándose á la mar, y llegaron así hasta los barracones portugueses y españoles que han existido por mucho tiempo en el Cabo Lopez: allí han ido los gaboneses á comprarlos. Los otros han sido traídos directamente desde lo alto del rio al través de los terrenos cubiertos de bosques que lo separan de los afluentes del Gabon. Habia en otro tiempo en medio de éstos, pahouines y bakaleses, pero la intermediacion de sus tribus hace muy fácil la evasion, y los m'pongwés se apresuraron á cederlos á los portugueses. No es dudoso que este pequeño tráfico se haga todavia alguna que otra vez en nuestras intermediaciones; pero no recae sino en muy escaso número de individuos; y esto por las desfavorables condiciones del terreno.

A pesar de una igualdad que no es por cierto aparente, los hijos que resultan del casamiento de las m'pongwés con sus esclavos, no son de igual condicion á los de raza pura y así es, que si quieren una por esposa, una mujer m'pongwé, son menos preciados por la familia; si quieren hacer un negocio de comercio, por activos é inteligentes que sean, carecen siempre de crédito. El pecado original los persigue hasta en sus hijos y vienen á formar una casta aparte, aunque hayan logrado hacer fortuna. Por lo que hace

á nosotros los europeos, que no hacemos mas que pasar por el lado de los gaboneses sin cuidarnos mucho de iniciarnos en sus costumbres, difícilmente distinguimos los matices de esta especie de gerarquía social: ellos, sin embargo, existen; y los pocos m'pongwés que pueden decir que no cuentan entre sus ascendientes ni bulus ni esclavos, se jactan con cierta vanidad de la aristocrática pureza de su raza. Hay muy pocas familias, depositarias desde hace mucho tiempo de la autoridad, que puedan sostener esta pretension; y todavia es muy honroso para ellas que la tradicion esté sola aquí encargada de trasmitir los recuerdos del pasado.

Cuando digamos lo que son los jefes que gobiernan la sociedad gabonesa, habremos dado á conocer su organizacion suficientemente. Cada pueblo tiene su jefe que toma francamente el título de rey, y es por otra parte, como el mas modesto de sus súbditos, un honrado traficante de esclavos en otro tiempo, ahora de toda clase de géneros. En hecho de verdad, solo hay dos ó tres jefes importantes, los cuales ejercen sobre los otros una especie de autoridad puramente moral, que si tiene por apoyo fuerza armada, no es por eso menos respetada. Estos jefes no reinan por derecho hereditario, sino por el sufragio de sus conciudadanos, que los eligen siempre de una familia real.

Estas elecciones daban lugar casi siempre en otro tiempo á algunos desórdenes y aun solia suceder que los competidores y sus partidarios vinieran á las manos; querellas que por otra parte no debieron ser muy sangrientas, porque los gaboneses, raza actualmente de índole bastante pacífica, no han de haber sido nunca de instintos muy guerreros, ni aun en la época en que no se abrigan bajo la tutela europea. Todavía estas elecciones son turbulentas, pero como por asentimiento de los mismos interesados, se hacen bajo la vigilancia paternal de la autoridad francesa, no hay que temer luchas de consecuencias. Cuando se trata de un jefe importante que puede tener cierto crédito entre sus conciudadanos, el comandante francés es tambien el único que lo designa y quien en realidad le da su investidura. Esta ingerencia en los negocios puramente indígenas, no estaba prevista al parecer en los tratados que arreglaron nuestro establecimiento en el país; pero ha sido la consecuencia natural del deseo que los candidatos tienen de asegurar nuestro apoyo y de ver recompensadas sus deferencias en algun presente ó regalo importante.

La iniciacion en el poder no está siempre exenta de amargura para el nuevo elegido, pues con frecuencia la víspera de su triunfo, sus futuros súbditos le hacen pagar bien cara la obediencia que el día siguiente han de ofrecerle con la mayor sinceridad del mundo, porque es costumbre maltratarlo de palabra y

obra. Esta singular manera de grabar en la memoria de sus jefes el recuerdo de su modesto origen y de la igualdad comun, prueba que si el gabonés es un mal cortesano, en cambio no carece de cierto espíritu de filosofía práctica.

La autoridad de estos jefes se estiende á muy poca cosa, hoy que nuestra presencia escluye toda posibilidad de querellas entre pueblo y pueblo. En alguno de estos les pertenece la policía y el reglamento de las pequeñas discusiones que surgen entre los habitantes, les es tanto mas fácil, cuanto que algunos de ellos, troncos de una gran descendencia, completan el poder que tienen de la eleccion por la autoridad siempre respetada del padre de familias. En cuanto á las dificultades exteriores, son casi siempre arregladas por el comandante francés; y su papel de *gran justiciero* está lejos de la inaccion, porque sus administrados muy poco respetuosos de la propiedad ajena, saquean los pueblos lejanos cantando con la impunidad que ofrece la distancia y la falta de una buena policía.

El jefe mas importante es hoy el rey Dionisio, anciano venerado por los indígenas y considerado por los europeos. Hablando bien ó mal, como casi todos los jefes de la costa de Africa, muchas lenguas estranjeras, el francés, el inglés, el portugués, el español, ha estado en relaciones durante el período activo de su vida, con todos los pueblos que hacen el comercio en el Gabon, y á todos ha tenido ocasion de hacer algun servicio. El facilitó nuestro establecimiento con su influencia y nos ha prestado siempre el apoyo de su prestigio cerca de sus compatriotas. Por eso el gobierno francés lo ha honrado confiriéndole por recompensa la cruz de la Legion de honor. La misma Roma ha reconocido tambien los servicios que ha prestado á la mision católica, á lo cual ha confiado el jefe la educacion de algunos de sus hijos. Dionisio no ha dejado de ser fetichista, ni juraria yo que en otro tiempo no haya sido un poco negrero. Las decoraciones de que hemos hablado no han sido las únicas pruebas que ha recibido de la munificencia europea. Inglaterra le ha regalado una medalla y espléndidos uniformes; Francia ha tenido tambien cuidado de montar su guarda-ropa y pocos podrán jactarse de estar tan bien vestidos. Hace poco, cuando se trataba de estender nuestra autoridad á los pueblos del Cabo Lopez, cerca de los cuales su fama de prudencia y sabiduría lo hace tan recomendable, el rey Dionisio fue el encargado de la negociacion del tratado, y en esta ocasion solemne pudo aparecer á sus súbditos maravillados, cada dia en un traje distinto por espacio de dos semanas, y cada dia mas brillante que el anterior: hoy de general francés, mañana de marqués de Molière, otro dia de almirante inglés, y

siempre con su gran peluca, que no es ciertamente la parte de su traje á que él da menos valor, porque este adorno aun no ha venido á ser entre los jefes indígenas tan comun como los uniformes militares.

Tal es el rey Dionisio. Una mirada bastante viva aun, una mezcla de astucia y sencillez, un aire de dignidad, harto rara entre los viejos negros, que toman por este sentimiento la grotesca expansion de su vanidad, hacen de este patriarca gabonés una persona notable. Formado desde hace mucho tiempo, segun los usos europeos, sabe llevar sin embarazo estos espléndidos trajes, y aun viviendo modestamente, segun la mediocridad de sus rentas, tiene el gusto de la hospitalidad, hace ingenuamente los honores de su casa y sabe muy bien distinguir entre los europeos que lo visitan, á los que van por simpatía ó por importuna curiosidad.

Vive en la orilla izquierda de la bahía de que es el jefe mas influyente.

Si ha perdido, en la preferencia que hemos dado nosotros al otro lado de la bahía, el beneficio que le habria reportado la intermediacion de los europeos, gana por otra parte en tranquilidad é independencia. Tal vez este privilegio no entra por poco en la consideracion de que goza cerca de los indígenas, consideracion que aumenta aun su edad avanzada y que se estiende mas lejos de lo que se podria pensar. Yo me admiraba en verdad de oír pronunciar su nombre con el mayor respeto en muchos pueblos del Ogo-Wai, con los cuales ni él ni sus súbditos tienen grandes relaciones. Cuando yo iba á estos pueblos en 1862 con M. Serval, nos fue fácil ver que nuestras relaciones de amistad con el viejo jefe, no contribuian poco á procurarnos la estimacion de nuestros huéspedes.

Junto al retrato de Dionisio está el de su *gran mujer*, que gozando de los privilegios otorgados á su posicion, tiene gran intervencion en los cultivos de las *habitaciones*, donde reside constantemente. En cuanto á Dionisio, acostumbrado de mucho tiempo atrás á vivir en un edificio medio arruinado, creyendo que durará tanto como él, en él habita con media docena de mujeres rehusando las casas mas cómodas que sus hijos le han hecho edificar en las intermediaciones. Acaso se encuentre mejor alojado en su casa en ruinas para asistir así á la doble decadencia de su fortuna y su raza. En efecto, enriquecido en otro tiempo con la trata, vive hoy harto pobremente, á pesar de los socorros del gobierno francés, y ve además hundirse y desaparecer á su alrededor el pueblo M'Pongwé, como al contacto de los europeos se hunden y desaparecen todas las razas primitivas.

¿De qué procede esta despoblacion? Las causas que se han invocado para explicarla en otra parte, pare-